

santo, y después para practicar lo que se ha resuelto. Los primeros Ejercicios han de ser estables y firmes, como dice Cisneros en el capítulo v, es decir, han de continuarse perpetuamente; mientras que los de San Ignacio deben hacerse en pocos días, que cuando más, llegan á treinta. Esta diferencia primordial en el objeto de los Ejercicios, introduce la diferencia absoluta de proceder en ellos. Supone Cisneros que la oración se hace una vez al día, y, según parece, en el espacio de una hora. Á quien se ejercita en la vía purgativa, se le recomienda para orar la hora después de maitines (1). Á los que caminan en la vía iluminativa, les es más conveniente, según Cisneros, la hora después de las completas (2). Por el contrario, vemos que San Ignacio desea que el ejercitante haga cada día cinco horas, ó por lo menos cuatro, de oración, que se desocupe de todo trabajo exterior, que se recoja todo lo posible para tratar á solas con Dios. Todo esto indica que, según San Ignacio, los Ejercicios son breves, eso sí, pero tales, que decidan al ejercitante á tomar una resolución radical. No es menor la diferencia en todo lo demás.

Nada hay en Cisneros de lo que constituye la parte original y característica de nuestros Ejercicios. En ninguna parte habla del que da los Ejercicios y del que los recibe. Esto de *dar* y *recibir* Ejercicios hubiera sido un lenguaje ininteligible para Cisneros. Ni pensó en dividirlos por semanas. ¿Cómo había de dividir por semanas unos Ejercicios que han de durar toda la vida? Ni palabra tiene acerca del principio y fundamento; nada escribe sobre el examen particular, ni sobre la meditación que San Ignacio llamó del Reino de Cristo, ni sobre las dos banderas. En ninguna parte trata Cisneros de la elección de estado, punto culminante adonde Ignacio dirige casi toda la batería de sus meditaciones y avisos. Nada leemos en Cisneros acerca del discernimiento de espíritus, ni sobre las reglas para sentir con la Iglesia, ó para repartir limosnas. Falta, en fin, en el libro del abad de Monserrat lo que forma la idea madre de todos los Ejercicios, esto es, la ingeniosa combinación de meditaciones, lecturas, exámenes, penitencias y otras obras espirituales enderezadas á este fin, que el ejercitante conozca la voluntad de Dios sobre el estado de su vida, y se determine á cumplirla perfectamente. Razón tuvo el último editor de Cisneros, D. Julián González de Soto, para escribir las siguientes líneas: «El buen P. Constantino debió limitarse á observar sólo el sonsonete del título de ambas obras; porque á leerlas, le hu-

(1) *Ejercitatorio*, c. xii.—(2) *Ibid.*, c. xxx.

biera bastado el sentido común para distinguirlas y clasificarlas como muy diversas» (1). Efectivamente, lo único que hay de común entre las obras de San Ignacio y Cisneros, es el *sonsonete del título*.

Pero los pasajes de nuestro santo, comparados con los de Cisneros por D. Besse, ¿no prueban alguna imitación de parte de San Ignacio? Ante todo, advertiremos que la comparación ha sido hecha entre el texto latino de Cisneros y la traducción latina de los Ejercicios. El rigor crítico, de que hoy tanto nos preciamos, hubiera exigido que el paralelo se hiciera entre el texto castellano, único que San Ignacio pudo leer en Manresa, pues entonces ignoraba el latín, y el texto original, también castellano, que el santo escribió. Algo peligroso es comparar un texto que no leyó Ignacio con otro que tampoco escribió. Mas, prescindiendo de este inconveniente, todo lector sensato observará, que las semejanzas observadas entre ambos autores no versan sobre ninguna de aquellas ideas que dan á los Ejercicios su grande originalidad. Son ideas sueltas, generalidades ascéticas, en las cuales convienen Ignacio y Cisneros, como convienen todos los autores antiguos y modernos que hablan de oración; como convienen todas las aritméticas del mundo en decir que dos y dos son cuatro (2). Las nociones generales de la ascética, es natural que las tomase San Ignacio de los libros piadosos que entonces corrían en España, como Cristóbal Colón adquirió sus conocimientos náuticos en los libros que andaban en manos de los marinos en el siglo xv, como

(1) *Ejercitatorio de la vida espiritual*, compuesto por el Rdo. P. Fr. Francisco García de Cisneros, adicionado, anotado y aclarado por el Dr. D. Julián González de Soto. Barcelona, 1857.

(2) No dejaremos de advertir que algunas semejanzas notadas por D. Besse, son bastante problemáticas. Véase, por ejemplo, la tercera. En el último capítulo de su obra, hablando Cisneros del fin santo que se debe tener en la meditación, resume su doctrina con estas palabras: «Brevemente hablando, debes en todo esto buscar la gloria de Dios, y después la honra de los santos, la virtud de la Iglesia, la salud tuya, ordenándolo todo á gloria de Dios, según aquello del Apóstol: «Ora comáis ó bebáis, ó hagáis otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.» Como semejante á este pasaje presenta D. Besse la anotación 5.^a de San Ignacio, concebida en estos términos: «Al que recibe los Ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que Su Divina Maiestad, así de su Persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme á su santísima voluntad.» (*Ejercicios*. Anotaciones preliminares.) ¿En qué se parecen estas dos cosas? Cisneros habla del fin santo que debemos tener en todas las obras. San Ignacio se refiere á la *disposición para cualquier sacrificio* que Dios exija, con que debe el ejercitante emprender los Ejercicios, porque el mudar de vida y el emprender el camino de la virtud, van siempre acompañados de algún trabajo.

Newton aprendió las nociones de matemáticas en los tratados de esta ciencia que se usaban en Inglaterra á mediados del siglo XVII. Porque Ignacio tomase tal cual idea suelta de un autor piadoso, atribuir á éste en todo ó en parte la invención de los Ejercicios, es tan absurdo como atribuir el descubrimiento de la atracción universal al autor de la aritmética en que Newton aprendió á sumar y restar.

9. Esto da de sí la comparación del Ejercitatorio de Cisneros con los Ejercicios de nuestro santo Padre. Y ¿qué dicen sobre esto los testimonios históricos? Por de pronto, tenemos un dicho de San Ignacio, referido por el P. Luis González de Cámara, en el cual implícitamente se afirma que no conoció el libro de Cisneros. He aquí las palabras textuales de Cámara, escritas el 29 de Enero de 1555: «Item, dijo más [Ignacio], que en Manresa había visto primero el Gersoncito [la Imitación de Cristo], y nunca más había querido leer otro libro de devoción, y éste encomendaba á todos los que trataba, y leía cada día un capítulo por orden, y después de comer y [á] otras horas lo abría así sin orden, y siempre topaba lo que en aquella hora tenía en el corazón y lo de que tenía necesidad» (1). Aquí parecen afirmarse dos cosas: una, que el primer libro que leyó Ignacio en Manresa fué el Kempis; otra, que después no quiso ver más libros de devoción, con lo cual queda demostrado que no conoció el Ejercitatorio de Cisneros. Algún efugio tiene, sin embargo, este raciocinio, pues aquellas palabras: *había visto primero*, es posible interpretarlas por estas otras: *había visto por primera vez*, con lo cual el sentido de la afirmación sería el siguiente: La primera vez que vió la Imitación de Cristo fué en Manresa, y desde entonces no quiso otro libro devoto. Con esto no se excluye que antes de tropezar con el Kempis no hubiera leído á Cisneros. Pero esta interpretación parece rebuscada y no tan obvia como la primera. Por eso nos inclinamos á creer, que lo afirmado por Ignacio fué, que el único libro que leyó en Manresa fué la Imitación de Cristo. Hasta el año 1613, es decir, en el espacio de casi un siglo, nadie estampó la especie de que Ignacio hubiese leído el libro de Cisneros. Cuando nos dió esta noticia Fr. Antonio de Yepes, la probó únicamente con la tradición del monasterio de Monserrat. Recientemente hemos podido hallar un testimonio algo más antiguo que el de Yepes, y es el de los procesos para la beatificación de San Ignacio, hechos en 1595. En el de Man-

(1) *Memorial*, 29 de Enero de 1555.

resa fueron interrogados cuatro monjes de Monserrat (1), y tres de ellos, Fr. Lorenzo Nieto, Fr. Joaquín Briant y Fr. Miguel de Santa Fe, afirman que el P. Chanones dió á San Ignacio los Ejercicios de Cisneros. Es de saber que ninguno de estos tres testigos había conocido á San Ignacio, pues el más anciano, Fr. Miguel de Santa Fe, se dice tener sesenta y cinco años; de donde resulta que nació siete años después que San Ignacio salió de Manresa. Estos testimonios fueron dados en un tiempo en que todo el mundo estaba lleno de la fama de los Ejercicios de Ignacio. Estos testimonios proceden de una fuente donde, con el afán de apropiarse toda la gloria posible de San Ignacio, se inventaron varias tradiciones piadosas, como la cueva de Monserrat y el hábito de donado de San Benito, que se dice haber vestido nuestro santo. Recuérdese, por fin, que la tradición, cuyo testimonio es siempre tan inseguro, fué entonces en España el testigo más mentiroso que jamás se ha visto en el mundo. Con el escudo de la tradición, se llenaron nuestras historias, y sobre todo nuestras vidas de santos, de las fábulas más inverosímiles. Aquel siglo fué el siglo de los falsos plomos, de los falsos cronicones, de las falsas llagas, de las falsas profecías, de las falsas visiones, de los falsos arrobamientos, de un diluvio, en fin, de falsedades devotas, que se difundieron con el escudo de la tradición local. Esto nos debe enseñar la cautela con que debe procederse antes de admitir esa tradición de Monserrat. En setenta y tres años, esto es, de 1522 á 1595, ni una palabra suena para decirnos que San Ignacio leyó el libro de Cisneros. Gustará el lector de saber el juicio que dió Ribadeneira sobre esta cuestión, cuando en 1607 fué consultado sobre la opinión que quería estampar Fr. Antonio de Yepes. Después de manifestar la enorme diferencia que hay entre los Ejercicios y el Ejercitatorio, resume su parecer en estas palabras: «Lo que á mí me parece son dos cosas: la primera, que es cosa muy probable que nuestro B. P. Ignacio haya tenido noticia en Monserrat del libro ó ejercitatorio del P. Fr. García de Cisneros, y que á los principios se haya aprovechado dél para su oración y meditación, y que el P. Fr. Juan Chanones haya instruído y enseñado algunas cosas dél, y también que haya llamado al libro que después compuso, Ejercicios espirituales, tomando el nombre del libro ó ejercitatorio del P. Fr. García; la segunda cosa, es que el libro de nuestro

(1) *Proceso de Barcelona y Manresa*, f. 326. (Véase la parte titulada *Proceso de Manresa en Monserrat*.)

Padre es muy diferente del del P. García» (1). Mucho concedía Ribadeneira cuando daba como *muy probable* que San Ignacio había leído el Ejercitatorio. Lo más probable es, como se desprende de las palabras del santo conservadas por el P. Cámara y citadas más arriba, que no leyó el libro de Cisneros.

10. Con lo dicho hasta aquí se cae de su peso lo que todos los católicos creen de buena fe acerca de la fuente principal de donde manaron los Ejercicios. El Espíritu Santo fué quien los enseñó á San Ignacio. Un soldado rudo é ignorante, recién convertido de las vanidades del siglo, ¿cómo podía concebir y desarrollar una obra tan original, un libro tan provechoso para la salvación y perfección de las almas, un libro que ha producido transformaciones tan sobrehumanas, y que cuanto más se le estudia, tanto más asombra por la originalidad de su método y por la poderosa eficacia de su virtud?

Confirman claramente esta idea los testimonios de nuestros primeros Padres. Ribadeneira, al hablar de los Ejercicios en la *Vida de San Ignacio*, dice así: «El cual [libro] está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unción del Espíritu Santo haber enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina» (2). Más explícito es todavía el P. Polanco, quien, refiriendo el bien espiritual que San Ignacio empezó á hacer en Manresa, escribe estas palabras: «Comenzó á comunicar á muchos en Manresa aquellos Ejercicios espirituales, que él había recibido, enseñado por Dios» (3). El P. Cámara corrobora manifiestamente este pensamiento en aquel breve párrafo que transcribimos en el cap. III. Nótese bien aquellas dos ideas: primera, que Dios enseñaba á Ignacio como el maestro de escuela al niño; segunda, que esto lo hacía Dios porque Ignacio no tenía otro maestro (4). Con los testimonios de estos Padres concuerda la tradición general de la primitiva Compañía, la cual siempre miró los Ejercicios como un don singularísimo y enteramente sobrenatural, hecho por Dios á nuestro santo Padre, para santificarse primero á sí mismo, y para santificar por medio de ellos á innumerables almas (5).

(1) Carta publicada por el P. Yepes, *Crónica general de la Orden de San Benito*, tomo IV, p. 237.

(2) *Vida de S. Ign.*, l. I, c. VIII.

(3) «*Spiritualia ergo illa exercitia, quae a Deo ipse edoctus acceperat, multis Manresae communicare coepit.*» *Vita Ignatii Loy.*, c. III.

(4) Véase el final del capítulo III.

(5) Deseará saber el lector qué hay sobre la piadosa creencia, de que María San-

tísima inspiró los Ejercicios á San Ignacio, creencia reproducida en tantos cuadros, que representan al santo escribiendo su libro delante de la Madre de Dios, que se le muestra en los aires. El P. Watrigant ha escrito un opúsculo de 110 páginas sobre este punto (*La Très Sainte Vierge a-t-elle aidé Saint Ignace à composer le livre des Exercices spirituels?*). Pero después de leer ese opúsculo y de consultar las fuentes históricas que he podido haber á las manos, vengo á sacar en limpio, que durante un siglo no aparece ningún documento que pruebe tal cosa. Alegaron algunos, posteriormente, la autoridad del P. Láinez; pero en ninguna parte se muestra el texto de este Padre, y aunque en varias ocasiones habla de los Ejercicios, en ninguna hace alusión á la intervención de María Santísima. Pudo confirmar esta creencia un párrafo de la historia manuscrita de nuestro colegio de Barcelona, en cuyo fol. 21 se leen estas palabras: «Pasando por Manresa [el P. Lorenzo de San Juan], supo del señor Amigant, que la Virgen había dictado los Ejercicios á nuestro P. San Ignacio después de un rapto en la Anunciata de su casa, como lo tenía notado y sabido de boca del santo, cuando estuvo allí.» La afirmación de esta historia no puede tomarse en serio, pues es de aquellas que quedan refutadas por su misma enormidad. Un hombre tan cauto como San Ignacio en ocultar los favores celestiales; un hombre que por huir la vanagloria no quería á los principios manifestar ni siquiera su apellido y su patria (Polanco, *Vita P. Ign.*, p. 23); un hombre que resistió meses y años á las súplicas de sus hijos, que deseaban conocerle interiormente, y sólo al fin de su vida se decidió á comunicar las breves noticias que escribió el P. Cámara; un hombre que guardaba tanta reserva con sus hijos más queridos, ¿había de descubrir sin más ni más á un seglar un prodigio tan estupendo y jamás visto en el mundo, como sería un libro dictado por María Santísima? Esto excede los límites de todo lo verosímil y razonable. Ni en Láinez, ni en Cámara, ni en Polanco, ni en Nadal, ni en Ribadeneira, ni en los historiadores que inmediatamente les sucedieron, como Orlandini y Maffei, ni en las cartas de los provinciales y superiores del siglo XVI, que hablan de los Ejercicios, he podido descubrir la menor indicación de que María Santísima interviniese en la composición de ellos. El primero en estampar esta idea fué el V. P. Luis de la Puente, el año 1615, en la célebre *Vida* que escribió del P. Baltasar Álvarez. Léase el cap. XLIII, donde se afirma el hecho, probándolo, no con testimonios históricos, sino con cierta revelación del arcángel San Gabriel á una persona que no se nombra. Pocos años después, el P. Mucio Vitelleschi hizo pintar el célebre cuadro que, reproducido con ligeras variantes en todas nuestras casas, difundió la creencia de que María Santísima había inspirado á San Ignacio los Ejercicios. El hecho podrá ser verdadero, pero hasta ahora no se ha descubierto nada anterior á 1615 para probarlo.